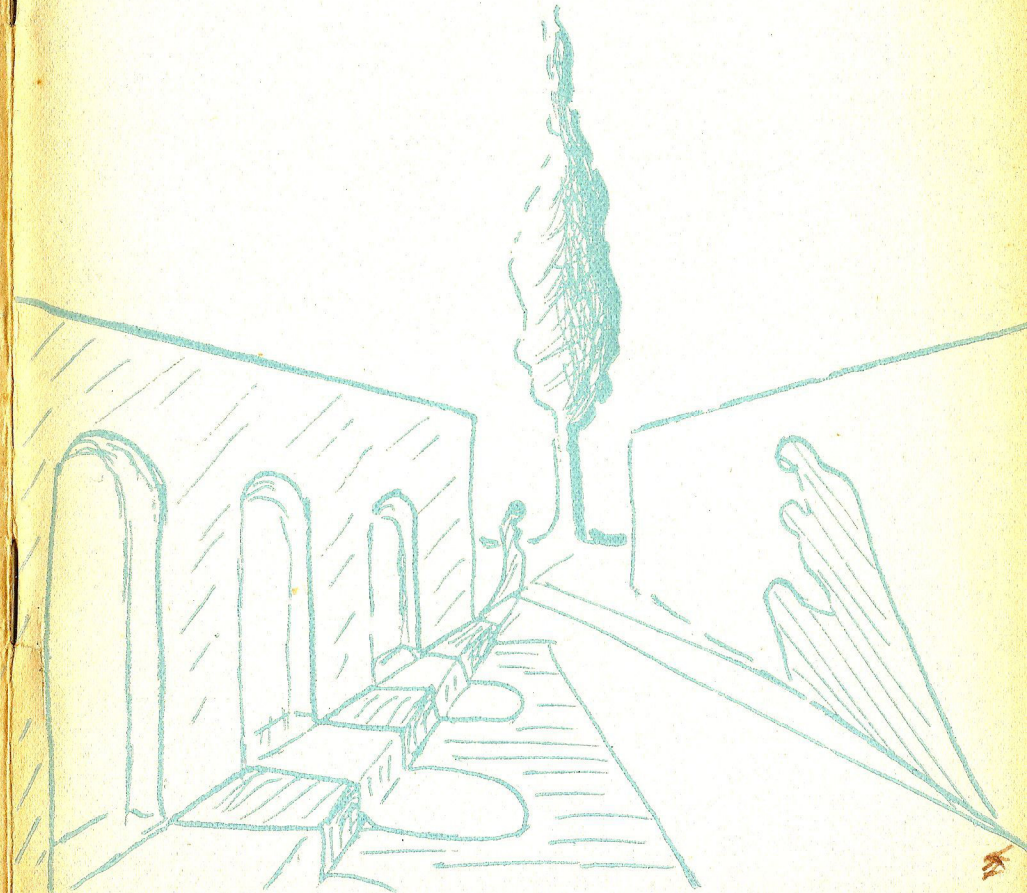


JUAN FRANCISCO GIACOBBE

ROMANCE DE
LA POBRE DAMA



JUAN FRANCISCO GIACOBBE

ROMANCE DE
LA POBRE DAMA

LA POBRE DAMA

12 de Julio de 1194

12 de Agosto de 1253

en Asís.

E P I S O D I O P R I M E R O

Cronista.

Por caminos de la Cruz
la aurora asciende hasta el día.
Preparad el verso tierno
y la tierna melodía.

Volved a las horas santas
en donde vivió su vida.
Se llamó Clara, y en su luz
Dios plasmó su mediodía.

Preparad el verso santo
y la santa melodía.

La voz del Narrador.

Vivió en un suelo de torres
y bajo un cielo de flechas,
entre heridas y ambiciones,
entre el poder y la guerra.

Era una torre de siglos
con un nombre por tronera
y diez escudos legados
por la fama y la nobleza.
En sus manos, el poder;
a sus plantas, la riqueza;
el orgullo, por estirpe,
y el valor, por pertenencia.
Vivió en un suelo de torres
y un aire roto por flechas;
cambió el signo de su mundo
por el de la gracia eterna,
trocando el vivir falaz
en precio de penitencia.

Otra voz evocadora.

¡Oh infancia de lirio dulce
en su acuerdo de inocencia!

Cronista.

Que así fué ella de niña
en los jardines del odio
junto al trono de la guerra.

Voces cantantes.

Clara, Clara iluminada.
Trigo florido sin siega.

¿Qué cuentas sobre la tierra
en ese alineo de piedras?...

La voz infantil de Clara.

Cuento cifras de oraciones.
Cuento mensajes de estrellas.
Cuento los ruegos al Niño
y a su Madre, pía y tierna.

Las voces cantantes.

Vén a jugar a la vida
en su ilusión de belleza.

La voz infantil de Clara.

Dejadme contar las cifras
en donde la nada empieza.

Las voces cantantes.

Para esta Clara ensoñada,
niños de la vida en fiesta,
haced la ronda de burlas
y el desprecio de la mueca.

La voz que evoca.

Porque junto a su niñez
la FE ya hilaba su rueca.

Otra voz.

Dejad los años pasar,
y ved a Clara doncella.
Decid, voces del recuerdo,
lo que en siglos se renueva.

Las voces del recuerdo antiguo.

Ya está Clara junto al borde
de sus años bien floridos.
Es tenue como el lucero,
intacta como los lirios
y pura como el aroma
nítido del rocío.

Otra voz.

Decidnos, voces del tiempo,
lo que no vence el olvido.

Y el

E P I S O D I O S E G U N D O

se inicia a tiempo corrido

Cronista.

Entre esplendores de cuerpos
ya Clara está en su palacio.

La araña del mundo teje
su bella trama de engaño.

Damas de enhiesto linaje.
Caballeros blasonados.
La araña del mundo teje
su trama sutil de engaño.

**Y un coro falaz de horas
sus promesas va anunciando:**

Clara, suprema doncella,
el mundo te está llamando.

Otro coro va hilvanando:

El Príncipe del Deseo
te va ofreciendo su canto.

**Y el Príncipe del Deseo
su vanidad va enhebrando:**

Por un camino sin huellas
llevo al umbral del encanto.
Diez mil visiones de espejo
doy al cuerpo emocionado.

Clara.

Yo tengo un camino al cielo
con crudezas empedrado.

**Y el coro falaz de horas
sigue en promesa hilvanando:**

Clara, ya el goce te ofrece
su cofre tornasolado.

**Y el goce que va y no queda
su vanidad va enhebrando:**

Redondez de la caricia.
Plácidos días holgados.
Te doy un suspiro ameno
en el recuerdo ensoñado.

Clara.

Pasa. Pasa, peregrino
de caminos enconados;
tengo ceñidos los flancos
por un bien preciso y áspero.

**Y un coro falaz de horas
sigue promesas volcando:**

Clara, ya el cuerpo te ofrece
su misterio en bien creado.

**Y el cuerpo que va y no queda
dice en su engaño trabado:**

Acuerdo divino
por Dios consagrado,

te ofrezco los cinco
sentidos amados.

Clara.

Dejad al cuerpo que duerma
su bien de cinco sentidos.
Yo tengo un collar de perlas,
allá en mi reino escondido.
Mi collar de siete perlas
que me da el bien prometido.

El coro del mundo exclama:

¡Ay! No lo luzcas, doncella,
que te lleva al desvarío.

Mas Clara responde al mundo:

Mi collar de siete perlas
dentro a mi cofre escondido.
Siete perlas. Siete perlas.
Siete perlas del espíritu.
Una en el Saber celeste;
otra en el Consejo pío;
otra en la Piedad despierta;
otra en Temor de Dios mío;
otra en la Templanza alerta
que ordena en paz al sentido;
otra en claro Entendimiento

penetrando lo infinito,
y al fin, su Sabiduría
cerrando el goce del círculo.
Dejadme lucir mis perlas
que me da el reino escondido.

Cronista.

Y en el medio de la fiesta
se oyó al Hermano Francisco.
Pordiosero de lo eterno.
Menestral de lo infinito.

Coro.

Y en el medio de la vida
cantó el Hermano Francisco.

Francisco.

Clara: si vieras la perla
inmensa en el mar de Cristo.
Es una perla sin tiempo
en donde está el bien divino.
Una faz mira al dolor,
otra faz al paraíso,
y da bienaventuranza
a precio de sacrificio.
Clara, te ofrezco la perla
del mar eterno de Cristo.

Cronista.

Y la doncella, olvidada
del reino de sus dominios,
lanzó su voz a los muros
y se volcó a los caminos.

Clara.

Dame la perla que ofreces.
Dámela, Hermano Francisco.
Quiero lucir esa perla
del mar eterno de Cristo.

Francisco.

¡Ay, Doncella, mi Doncella!
Paloma del aire rico.
¿Sabes tú el precio que tiene
la perla eterna de Cristo?

Clara.

Que tenga el precio que tenga,
la quiero en el collar mío.

Francisco.

Pues, vende todo tu haber.
Vístete sayo y cilicio,
y con el alma desnuda
clávate en el crucifijo.

**Y el coro falaz del mundo
su poca conciencia dijo:**

¡Ay! Clara, la perla eterna
te conduce al desvarío.

**Pero Clara contestó,
princesa en su señorío:**

¡Juglar del Señor del Cielo!
Alma de Cruz y de lirio.
Enséñame la moneda
para llegar hasta Cristo.

**E iluminado de altura
le dijo en amor Francisco:**

Una pobreza gozosa.
Un goce en el sacrificio.
Una obediencia ritmada
con la bondad del martirio.
Amar todo amor en Dios
y ser la imagen de Cristo.

Clara.

Bajo las palmas gloriosas,
bajo la luz del domingo
me despojo de mi vida
y te la ofrezco, Francisco.

Llévame a comprar la perla
del mar eterno de Cristo.

Coros.

Era el Domingo de Palmas,
Era el Domingo infinito.
Clara bajó de su trono,
dejó su espacio exquisito,
y despojada de sí
siguió en pos del Pobrecillo.

Por entre escuadrones de odio
y entre burlas de refilo,
se despojó del brocado
y ciñó sayo y cilicio.
Todo por querer mercar
la perla eterna de Cristo.
He aquí la primera venta
que Clara ante el mundo hizo.

**Ya de lo alto le habla
la infalible voz de Cristo:**

¿Qué me tienes para dar
por la perla de infinito?

Clara.

Tengo lo que, siendo tuyo,
está en mí, no siendo mío:

Mis siete perlas valiosas
dentro a mi reino escondido.

Y el coro del mundo:

No las entregues, doncella,
que quedarás en vacío.

La voz de Jesús que obliga:

¿Qué perla vendes primero
por el sayo y el cilicio?

Clara.

Vendo la perla más tuya;
la que es goce de Ti mismo:
la perla de mi hermosura
te ofrezco, mi Jesucristo.

Y el coro del mundo:

¡Ay! No la vendas, doncella,
que el mundo queda vacío.

La voz de Jesús que ordena:

¡Cortadle sus bellas trenzas!

Coro del mundo.

Sobre el polvo ya han caído
sus trenzas de rubia mies,
sus trenzas de oro macizo.
¡Ay, Clara, qué triste es
ver sobre el polvo dormido
la riqueza de tu pelo
como un oro fenecido!
¡Llorad, que se pierde el mundo
en ese trigal caído!...

La voz de Jesús que obliga:

¿Qué me tienes para dar
por la perla de infinito?

Clara.

Entre los pliegues del cuerpo
tengo un tesoro escondido:
se llama **salud**; la vendo
por el sayo y el cilicio.

La voz del mundo.

¡Ay, la locura de Clara,
que vende el bien más querido,
por una promesa incierta
que fina en el paraíso!
¡Poned un bálsamo triste
sobre su cuerpo sufrido!

La voz de Jesús que obliga:

¿Qué más me tienes que dar
por la perla de infinito?

Clara.

Mi tercer tesoro oculto;
el bien de mi goce vivo,
para sentir la pasión
de mi Señor Jesucristo.

La voz del mundo.

Clara, doncella infatuada,
da su goce enriquecido
por promesas de la nada
que dan a lo no sufrido.

La voz de Jesús que insiste:

Tu belleza, tu salud,
tu goce que has ofrecido,
son poco para pagar
la perla eterna de Cristo.
¿Qué más me tienes que dar
para ascender al Camino?

Clara.

Señor, tengo poco y nada
en mi cofre empobrecido.

Te doy todo mi reposo,
te doy mi cuerpo transido,
te doy mi idea que asciende
hasta el fin de tu principio,
y te doy mi voluntad,
que es todo el tesoro mío.

Y el lujo prorrumpe en voces:

Ved cómo se pierde el mundo
por un mero desvarío.
Un collar de siete perlas
dentro de un reino escondido
fué a dar dentro la pobreza
de un sayo gris y un cilicio.
Y lo que fuera hermosura,
salud, reposo en el brío,
y el goce del cuerpo joven,
y la idea y su sentido,
y la voluntad potente,
cayeron en aquel río
al que llaman **Obediencia**
y en castidad se ha escondido.
Que tanto precio le cuesta
la perla eterna de Cristo.

Clara dice en su oblación:

Señor: si te di el collar
de los tesoros no míos,

te tengo dentro de mí
como un cielo amanecido.
Ya siento los tres poderes
en los grados del camino;
ya sé que tengo el futuro
ceñido en sayo y cilicio,
la Pobreza por almohada,
la Obediencia por cariño
y la Castidad valiosa
para el consorte divino.
Déjame tener el bien
del corazón de Francisco.

En las edades del cielo
fué el intermedio más íntimo.
Las crónicas del misterio
en éxtasis diamantino
narraron el bien de Clara
en el amor de Francisco,
y en el cielo quedó escrito
lo que no borra el olvido.

He aquí lo que la crónica
dijo en el bien de los siglos:

Los Angeles del Consejo
bajaron por el estío.
Trajeron coronas blancas;
trajeron goces de lirios,

y altas palomas de plata
para entregar a Francisco,
un corazón de azucena
y un espíritu bruñido
por la constancia de Dios
y el goce del sacrificio.
Y bajo un arco celeste
en el azul infinito
Clara y Francisco de Asís
en Cristo Dios se han unido.
¡Cantad el canto más tierno
para estas perlas de Cristo!

E P I S O D I O T E R C E R O

Cronista.

Ya Clara ascendió a la cima
de las horas enclaustradas.
Una muralla de altura
la tiene en sí misma aislada.

Otra voz.

Los derroteros del viento
desde la desdicha claman.
Ella está sola en sí misma,
en su piedad despojada.

Sayal de la penitencia,
cuerda al silencio anudada,
y en corredores de espinas
la humilde alma descalza.

Coro.

¡Qué concentradas distancias
se extienden en su mirada,
y qué cita de luceros
en su serena plegaria!

**Oídla en los corredores
en donde ruega su alma:**

La voz de Clara.

Señor, si te doy mi todo,
te doy con ello mi nada,
pues no soy más que una carne
por tu bondad animada.

Y aunque te diese mi todo,
dándote toda mi alma,
no te doy sino lo tuyo,
que mía sólo es la nada.

¡Ay, reducción de mi Dios
en esta vida encarnada!

¡Ay, descenso de la altura
en mi vida rebajada!

Déjame que me dé toda
para quien no tiene nada,
y pueda dar la bondad
de mi fe crucificada.

Que así solo estaré en Ti
estando en todas las almas,
con un beso de piedad,
con un lazo de plegaria.

Rogad en mí, soledades;
rogad conmigo, campanas,
infinitos de los cielos,
para llegar a tu calma.

Narrador.

La soledad la rodea
como una viva muralla,
mientras del valle le llegan
clamores de cien desgracias.

Los clamores de las desgracias.

El legado fratricida
levanta horcas aciagas;

un cuervo en el corazón
y en cada sueño una espada.
Sálvanos del odio oscuro.
¡Sálvanos del odio, Clara!

La voz de Clara desde la ermita.

Aprended el poderío
que promete la plegaria.

Cronista.

El tiempo voltea horas
como incorpora desgracias.

Las voces de las desgracias.

La sangre que cayó al suelo
secó la raíz callada.
El hambre abisma en condenas
la vida desesperada.
¡Danos tu alimento, Clara!
¡Danos tu riqueza, hermana!

La voz de Clara desde la ermita.

Por caminos de renuncia
la sangre queda saciada.
Alimentad con los rezos
vuestra desgracia amargada.

Narrador.

¡Ay, las idas y venidas
de la vida condenada!

Las voces de las desgracias.

¡Guardiana de la clemencia!
¡Vencedora de las llagas!
¡Consolación de agonías!
¡Sabia de carne estropeada!
¡Baja hasta nuestro martirio!
¡Baja hasta nuestra desgracia!

La voz de Clara desde la ermita.

No me roguéis porque haga,
pues sola no puedo nada.
Rogadle a Dios que se apiade
de nuestra vida arrastrada,
que, como vos, soy un signo
de poca tierra animada.
Haced en Cristo la Cruz,
y el alma será salvada.

Cronista.

Y con su mano sapiente
de purezas reveladas
trazaba la cruz benigna
sobre el alma desgraciada,
y el milagro repartía

su gracia multiplicada.
La pena se alzaba en júbilo
y el dolor en alabanza.

Las voces del valle.

Por tu Signo de la Cruz
nos limpiaste cuerpo y alma.
Bendita seas en ti,
y te bendiga en su entraña
el Cristo de los Perdonos
que tanto poder te alcanza.

La voz de Clara desde la ermita.

Si supieseis lo que soy,
¡pobre gajo de esperanza!
bien rogaríais por mí,
que soy la vida descalza.
Rogad por mí, soledades
de las almas desterradas:
“Señor, si te doy mi todo,
te doy con ello mi nada”;
santa pobreza que ansía
ser en Ti crucificada.

Cronista.

Y almas de muchas riquezas
se sumaron, despojadas
de todo sueño de mundo
para vivir de plegaria.

**Un episodio esplendente
se alza en la vida de Clara.
He aquí cómo la historia
en altas voces narrara:**

Ya Francisco se alejó
hacia las tierras extrañas.
Es un aroma de paz
entre lanza y cimitarra.

La guerra de dos confines
tiene a la FE desgarrada,
porque el infiel enarbola
su poder en Tierra Santa.

Ya Clara se quedó sola
en sus horas enclaustradas.
Los vientos marinos traen
noticias ensangrentadas
de derrotas plañideras
y de lanzas humilladas.

Y Clara vuelca su fe
más allá de las distancias.

**La voz de Clara
sobre todas las murallas.**

¡Adalid del Crucifijo!
¡Portaestandarte del Alba

en donde María anuncia
su umbral abierto a la Gracia!

Sigue tu duro camino
entre las arenas áridas,
llega hasta el Sultán soberbio
que tanta sangre derrama,
y enséñale la oración
que dió Jesucristo al alma.

Y por mostrar la lección
métete vivo en las llamas,
que entre el infiel y tu vida
hay un mundo de plegarias,
que te escuda de la muerte
y de la impiedad te salva.

¡Rogad conmigo, hermandad!
Rogad conmigo, descalzas,
para que Francisco gane
con su paz, la Tierra Santa.

Narrador.

Y la unión de la renuncia
daba fuerza a la plegaria.

Las voces de la hermandad.

Señor, que la paz conquiste
lo que no conquista el arma;

que la pobreza convenza
más que el imperio y su saña,
y el desarmado de todo
triunfe por bien de tu gracia.

Cronista.

Más allá de los confines
sonaron trompas de audacia.
Volvieron mástiles rotos
y hubo lamento en las playas-
y las huestes retornaron
malheridas y arruinadas.

Nuevos cantares nacieron
por las tierras desoladas.
Y los cantares decían
de nuevas gestas extrañas.

Voces de los cantares.

El triunfo es un ciego loco
y es fermentida la fama,
por un pobre pordiosero
la fe ha ganado su causa.

Desnudez de pies llagados,
triste carne lacerada,
por unos cuantos harapos
la fe ha ganado su causa.

Desmontad las catapultas;
tirad alfanjes y espadas;
que por mano desarmada
la fe ha ganado su causa.

Se llama Francisco el Pobre
y tiene lengua de llama;
por un motivo de cruz
la fe ha ganado su causa.

Enseñad al poderoso
la liviandad de sus armas;
la fe clavada en su cruz
triunfa en la paz de las causas.

Cronista.

Ya por caminos de vuelta
está Francisco en Italia.
Trae en sus manos benignas
el triunfo de Tierra Santa.

Y se llega hasta los muros
de la Biempacificada,
donde ora la pobreza
su serenidad descalza.

Y le canta desde el llano
con su voz augusta y mansa.

Francisco.

Bendita seas tú,
hueste de la retaguardia
que con tu oración potente
me apuntalaste, preclara,
la fe en la fuerza de Cristo,
la humildad en la esperanza,
y en el amor que perdona
el triunfo que nos alcanza.

Ya te has ganado, por dar,
la eterna perla más alta.
Jesús te otorgue la estrella
y te encienda en luminaria,
¡Paloma azul del empíreo,
Duquesa de la plegaria!

Cronista.

Y desde el azul abierto
hacia infinitas terrazas
la Paloma del empíreo
le decía su constancia.

Clara.

¡Bienamado de la altura!
¡Portaestandarte del alba!
Yo no merezco la perla
que me ofreció la esperanza.

Es mucho para lucirla
sobre mi vida descalza.
Déjame vivir rezando
la piedad de Cinco Llagas,
y me encuentre de rodillas
la altura de tu mirada.

Francisco.

¡Gajo del Arbol celeste!
¡Sarmiento en la Vid sagrada!
Vende tu saldo de mundo
y adquiere la perla ansiada.

Clara.

Mi saldo de mundo es
tu caridad bienamada.
Es mi última riqueza
bajo la luz consagrada.

Francisco.

Véndeme, pues, a la muerte
para quedarte sin nada.

Clara.

Hágase la voluntad
de quien otorga la gracia.

Cronista.

Y en una noche divina
volvieron las Cinco Llagas
a ser signo del amor
en la substancia creada.

Se abrió la Puerta de Cielo.
Se abrió la Puerta Estrellada,
y se confirmó el perdón
de la estirpe condenada.

Otras voces.

Las alas del firmamento
bajaron emocionadas
hasta los hombros del hombre
de virtud santificada.

Fué la noche de la boda
entre el Eterno y el Alma,
y la Creación quedó
en bondad reconsagrada.

Otras voces.

Y el Adalid de la Cruz
se puso en las Cinco Llagas
como la lección más alta
de amor en la grey humana.

Hasta que el día llegó
y lo desnudó de espalda
sobre la tierra desnuda
para que diera su alma.

Voces.

Bronces de sombra sonaron
en los viejos campanarios.
Hubo llantos sin consuelo.
Hubo oraciones en llanto.

Ya lo suben hasta el monte
donde el amor encerrado
vigila las oraciones
para los rumbos más altos.

Ya llaman a los silencios
de los sueños enrejados
mientras Clara se despierta
ante el Santo amortajado.

Bronces de sombra resuenan
en los altos campanarios.
Hay dolientes desconsuelos
y hay oraciones en llanto.
Y Clara echa su voz
en las voces del espacio.

Clara.

Te doy mi último haber,
Señor de los cielos santos.
Es la última moneda
que me quedaba aquí abajo.
Nada tengo por vender.
Ya ha enmudecido su canto.
Hágase tu voluntad
en mi resignado llanto
y vuelva tu misericordia
sobre mi rezo descalzo.

Poned silencio al fervor
y volved todas al claustro:
hoy Francisco ha dado a Dios
para su cielo otro astro.

**Y todo el orbe repite
en su tono emocionado:**

Hoy Francisco ha dado a Dios
para su cielo otro astro.

Cronista.

Y así se quedó sin nada
la bienamada del santo.
Sin sus siete perlas vivas,

sin su amor inmaculado.
Con un vacío de sí
ante el tiempo esperanzado,
sola en su mar de silencio,
sola en su rezo callado,
con cinco perlas de sangre
en su amor crucificado.

C U A R T O E P I S O D I O

Cronista.

Como en un hueco del tiempo
sola se ha quedado Clara;
sola con sus hijas pobres,
descalza entre las descalzas.

Y lo que vendiera al cielo
la fué dejando sin nada,
como si Dios recibiera
y nunca jamás pagara.

Y las mil voces del valle
hasta San Damián llegaban,
y traían mil reproches
que en el vacío sonaban.

Y las mil voces del valle hacia el convento cantaban:

Clara, que lo diste todo,
desde la salud al alma,
desde el goce y la hermosura
hasta la idea que exalta,
el reposo que reinicia
y la voluntad que ama,
y que esperando la perla
te has quedado abandonada
en un vacío extendido
hasta el reino de la nada.

Mira cómo paga Dios
tu riqueza bien donada
y qué ha hecho de tus perlas
en vano sacrificadas.

Y otras voces condolidas desde el sentido cantaban:

Sarmiento entre los sarmientos
tu pobre vida estropeada
por ayunos y abstinencias
la soledad y plegarias.
Mira tu hermosura hecha
un haz de ramas leñadas
sin promesas del otoño
en un rincón despreciadas.

Mira tu salud vencida
en esa miseria escuálida,
mira tus ojos de fosa
y tu boca funeraria.

¡Ay, Clara, avejentada doncella
por Jesucristo olvidada!
¡Ay, Clara, avejentada doncella
por Jesucristo olvidada!

Narrador.

Por los espacios azules
de las mínimas ventanas
le llegaban a la virgen
las conciencias enconadas.
Y ella enviaba sonrisas
en su paz que perdonaba.

Otra voz.

Por los espacios azules
de las mínimas ventanas,
las aves de San Francisco,
aquellas por él habladas,
venían desde la altura
y en dulzura conversaban.

**Y el arrullo de las aves
a Clara enferma cantaba:**

Poco a poco va creciendo
la plenitud de tu rama
puesta en el huerto divino
junto a la gracia más alta.

Azucena en vid antigua;
alta rosa consagrada;
fruto de jugos eternos;
cumplida flor de palabra:
te estás acercando al cielo
como la rama más alta
del Arbol del Buenamor
a quien Jesucristo guarda.

Cantemos, aves, los rumbos
de la flor y de la rama,
y el sacrificio tullido
que en bálsamo se derrama.

Narrador.

Y en los espacios azules
de las mínimas ventanas,
las aves de San Francisco
por Santa Clara danzaban.

Y en el corazón despierto
de la doncella estropeada

la voz de su hondura bella
con exactitud rogaba.

Clara.

Por quien sin piedad maldice;
por quien sin piedad te alaba;
por el que sabe y no sabe;
por quien te huye o te alcanza.
Por todo lo que es de Ti
y sin saber no te ama,
por la criatura viva,
por la criatura arcana:
quéname el cuerpo reseco
para alimentar tu lámpara,
y no sea más que eso
mi poca llama que aclara
todo el bien que haces prever
al corazón que te ama,
¡oh, Vid de la eterna joya
en sempiterno inmolada!

Cronista.

Llegaron los días rígidos
de las blancuras nevadas;
llegaron los días santos,
y Santa Clara, postrada,
un trozo de leña seca
en un rincón olvidada.

¡Ay, trajines de los días
cuando a su grey ordenaba!
Madre Abadesa tullida;
Madre Abadesa postrada.

**Y en los claustros solitarios
la descalcez murmuraba:**

Clara nos está mirando
desde el fondo de su entraña;
cumplid la virtud precisa,
cumplid la virtud descalza:
pobreza del corazón;
pobreza santa del alma:
pobreza de los sentidos
y pobreza de la calma.

Clara nos está mirando
desde la bondad más alta.
Cumplid la regla precisa
con la gracia franciscana.

Cronista.

Y en cada rincón de vida,
Clara, feliz, trabajaba,
aun siendo la leña seca
en un rincón olvidada.

Otra voz.

Y en esos días más rígidos
de las blancuras nevadas,
llegaron los días santos,
y Santa Clara, postrada.

Las voces de los enconos
narraban con voces bajas.

Las voces de los enconos.

Tanto entregarte a tu Dios,
tanto torturar tu alma,
para encontrarte tullida
como una rama olvidada.
Todas llegan al altar,
todas van sacramentadas.
Jesús te olvida, tullida,
como a la rama olvidada.

Las voces buenas.

Era la Noche feliz
de la palabra anunciada.
El Nacimiento de Cristo
otra vez se festejaba.

Lejos, tan lejos de allí
la nueva iglesia brillaba

en nombre de San Francisco
y en establo se enjoyaba.

Otras voces.

Los sonos de las alturas
sombras y sombras viajaban,
con respuestas de luceros
en las augustas campanas.

La noche era un campanario
que anunciaba la llegada
del Niño que en un pesebre
al mundo divinizaba.

Iban cantos pastoriles.
Iban júbilo de gaitas.
Iban voces y cencerros
subiendo en la noche alta.

Todo iba hacia Jesús,
que en el Pesebre esperaba.
Sola, en su enferma quietud,
Santa Clara se quedaba.

¡Qué postración sin remedio
de su Jesús la alejaba!
¡Qué negación de alegría
para su alma abnegada!

¡Qué melancólica paz
para Clara postergada
de ver nacer a su Niño
junto a la Virgen amada!

¡Qué soledad sin justicia!
¡Qué soledad agobiada!
Iban cantos pastoriles.
Iban júbilos de gaitas.
Ella encerrada en silencio
como una rama olvidada.

Otra voz.

Y en el silencio de sí
cayó el fervor de la lágrima,
y en el suspiro sumiso
Santa Clara a Dios oraba.

Clara.

*“Señor, heme sola para Ti,
tal como he sido dejada.”*

Las voces del milagro.

Y se abrieron las paredes
y las murallas más altas;
viajó una nave de iglesia
muchas lenguas de distancia,

y el Pesebre se instaló
ante la enferma enclaustrada.

Fueron las santas salmodias.
Fueron los goces de gaita.
Fueron los ángeles mismos
que en la clausura cantaban.

Luces de luces y luces
entre los arcos brillaban;
y Jesús recién nacido
a la enferma consolaba.

La iglesia de San Francisco
entró a la celda de Clara.
Viajó las leguas y leguas
resonando de campanas,
y se instaló en San Damián
para demostrar la paga
que Dios acuerda a su Fiel,
que Dios acuerda a quien ama.

Y cuando las hijas fieles
volvieron pisando el alba,
la Abadesa de la Paz
les comunicó la gracia.

Clara.

*“Bendito sea el Señor,
mi amado Jesucristo,
que en dejándome vosotras,
El no me dejó,
ni me abandonó;
mas por su gracia mucha
oír pude la fiesta
solemne de la noche
en nuestra santa iglesia
celebrada.
Bendito sea el Señor,
mi amado Jesucristo,
que en dejándome vosotras,
El no me dejó,
ni me abandonó.”*

Narrador.

Y todas las hijas fieles
de rodillas ante el alba
bendijeron al Señor
que había asistido a Clara.

Otra voz.

Pero las normas del mundo
contra aquel orden chocaban,
por la soledad ceñida,
por la pobreza extremada.

Y en el rondel de la vida
la misma vida cantaba.

Rondel de la vida.

Alivianad el rigor,
damianitas, pobres damas.
Jesús no pretende tanto,
ni tal pobreza reclama.

Si el mundo es imagen de El,
¿por qué evitarlo encerradas
entre velos y oraciones
y entre privaciones tantas?

Tened el bien de las cosas
en lo que tienen de santas;
no desestiméis en tal
lo que al Creador exalta.

¡Volved al rueda del mundo!
¡Volved a la rueda exacta!
Que en la vida de este siglo
nada sobra y nada falta.

Cronista.

Por los postigos abiertos
la ronda vital llamaba,
y en su postración sufrida
Santa Clara contestaba.

Clara.

El Dios que se hizo pequeño
en una virgen entraña,
nos dió ejemplo de humildad
dejándonos su enseñanza.

Volved a leer sus cifras;
entraos en su palabra;
si queréis llegar al reino,
tendréis que viajar sin nada.

Que si naciendo venís
a la vida desterrada,
para llegar hasta el Padre
el alma irá descarnada.
Desvestíos de la carne
como de tierra pesada,
y empobreceos la sangre
en lo alto crucificada.

Dejad todo vuestro haber:
la cosa viva o soñada.
Todo es grave en el sendero
que al subir a Dios alcanza.

Pobre, obediente Jesús,
pobre en la Cena y la llaga;
pobre la Virgen María,
sin clavos crucificada.

Pobre es el Hijo del Hombre,
más pobre que una alimaña:
ésta tiene su guarida,
Jesús no tiene una almohada,
ni un jumento, ni una mesa,
ni una tumba, ni una casa,
ni su túnica benigna,
ni un consuelo en su esperanza.

Y deja su voluntad,
y llora lágrima amarga,
cuando sufre en los Olivos
y el querer del Padre abraza.

Pobre de toda pobreza
es con él la Madre Santa,
que Ella es madre del silencio
y llega al cielo descalza.

No me mitiguéis la orden.
No reduzcáis la observancia;
quiero ser fiel a Francisco,
que confiara en mi constancia.

Cronista.

Obispos y cardenales,
altos prelados y el Papa
trataban de disuadirla
sobre su Regla extremada.

Y ella hilaba su paciencia
en su rueca de esperanza,
tendiendo hilos a Dios
en un telar de plegaria.

Fuerte en su debilidad;
recia en su carne postrada;
mansa en su fuerte obediencia
y humilde en su alta confianza.

Otras voces.

Y los meses se escurrían,
y los años derivaban,
y los lustros se cumplían,
y los decenios finaban.

Todo moría a su vera:
los hermanos del Patriarca,
los amigos y enemigos;
las tumbas y las murallas.

Y no llegaba la Bula
con que le afirmaba el Papa
su consentimiento santo
para su Orden Descalza.

Nada. Nada. Nada. Nada.
Todo en nada confinaba.

Y ella tramando esperanza
en su telar de plegaria.

Narrador.

Ya está muy cerca del fin.
Sus venas están exhaustas.
Ya está caída en el suelo
como una rama tumbada.

Un olor de tierra nueva
le llega por la ventana;
huele a frescura la fosa
donde podrá ir mañana.

Mientras le llega el rondel de la vida despiadada:

Toda la espera que es fiel
queda a la postre burlada.
¿Querías la perla eterna?
Ya está en ti tumulada.

No podrás dar a Francisco
la deuda no cancelada.
Te morirás sin tener
la Santa Bula del Papa.

Las voces anunciadoras.

Por los caminos del cielo
altas palomas bajaban;
cruces de miles distancias
se ordenaban en las alas.

Bajo una cruz de palomas
altas frentes cabalgaban;
pasaban por el estío
sobre las blancas gualdrapas.

Camino de cielo y tierra
los caminos galopaban;
llevaban cruces al aire
por sendas arrodilladas.

Otras voces.

Agosto se parte en dos
sobre un brillo de cigarras,
y un himno de paz ingenua
brota de todas las ramas.

El himno sube hasta el aire
y resbala en la ventana
y acaricia los desmayos
orantes de Santa Clara.

Y desde el claustro invisible
con sus ráfagas de albahaca
suben frescas claridades
en melodías del agua.

Toda la tierra pronuncia
su misteriosa balada;
y busca en la Pobre Dama
su motivación más casta.

Brillo de ópalos antiguos
como la más vieja plata
en los olivos del valle
vibraban de amor por Clara.

Y los rebaños alertas,
la bondad de las vacadas
y todas las criaturas
querían llegar a Clara.

Altos cipreses nocturnos;
rica viña enracimada;
madreselvas florecidas,
todo en Clara suspiraba.

¿Qué sucederá en la celda
de Clara, la Pobre Dama?
¿Qué luces está encendiendo
en el bien de su ventana?

¿Quién le quita brillo al sol
con una mínima llama?
¿Quién puede encender al cielo
con una mínima lámpara?

Otra voz.

¡Oh, palomas de los cielos,
falanges en cruz formadas,
altas frentes que ya llegan
sobre las blancas gualdrapas!

Cronista.

Y gritó la muchedumbre:

Voz de la muchedumbre.

¡Abrid el sendero al Papa!

Cronista.

Mientras pasaban las cruces
por sendas arrodilladas.

Narrador.

Ya las palomas se posan
sobre el convento de Clara,
y ya llama ante su puerta
la voz amante del Papa.

Se abren las puertas pequeñas
por recibir tanta gracia,
y el Vicario del Espíritu
se acerca a la Pobre Dama.

La voz del Papa.

Clara, te traigo la perla
por tu virtud tan ansiada:
he aquí la Bula que afirma
tu pobre Orden Descalza.

Cronista.

Por el rostro de la virgen
corre un silencio de lágrimas.
Toma la Bula, la besa
y les dice a sus hermanas:

Clara.

*Load al Señor del Cielo,
mis hijas todas, hermanas,
porque Cristo ha dado hoy
una caridad tan alta,
que todo el cielo y la tierra
no bastan para pagarla.
Ya que a El lo he recibido
en la verdad sacrosanta
y me ha acordado el gran mérito
de ver ante mí al Papa.*

Narrador.

Y en su corazón vencido
rogaba ante Dios la Santa.

Clara.

Francisco, que estás allá
en la morada más alta,
véndeme la última perla
que la muerte me arrebató.

No podré gozarla aquí
junto a mis hijas descalzas;
ponla a los pies del Señor,
que todo pide y alcanza.

Ya sé el misterio divino
que alimentó mi esperanza:
mi última perla es
la bula de tu observancia.

Hágase la voluntad
de la voluntad más alta;
yo no soy más que un rebrote
ya caído de tu rama.

Cronista.

A la redonda del monte
toda la tierra lloraba,

en un fraternal silencio
por la virgen que espiraba.

Lloraba la pena humilde
y también la blasonada,
lloraban los cardenales
y el mismo Papa lloraba.

Y sobre el filo de agosto
las criaturas lloraban,
porque el propio San Francisco
en Santa Clara espiraba.

Nuevas voces.

Por los caminos del cielo
ya la noche se acercaba
en la tarde enmudecida
que en el espacio lloraba.

De pronto una luz creciente
fué encendiendo una mañana:
la noche se quedó atrás,
por las luces postergada.

Palomas de plata viva;
palomas ricas de plata;
palomas resplandecientes;
palomas iluminadas.

Todas bajaron del cielo
y por el aire volaban
desparramando luceros
sobre la luz agrandada.

Y una blancura infinita,
una blancura encantada
tocaba todas las cosas
y hacía las cosas blancas.

La tierra fué de cristal
en mil luces reflejada;
un arco iris celeste
besaba todas las almas.

Y se encendían mil goces
con las promesas más plácidas,
y cada sér se acercaba
a su bienaventuranza.

Llovieron vuelos de estrellas
desde el sol de la esperanza,
y piadosas beatitudes
desde la luna más alta.

Y por ríos de diamantes
entre las nubes magnánimas
volaban alas de fe
en luces certificadas.

Y por el camino estrecho
que hasta San Damián llegaba
llegó un camino del cielo
con mil vírgenes preclaras.

¡Ay, la estrechez de la senda
por donde el cielo se alcanza!
¡Ay, la estrechez de la puerta
por donde lo eterno pasa!

El cielo entró a San Damián
por una senda empedrada
por limosna y penitencia,
por pobreza y por plegaria.

El cielo entró a San Damián
por una puerta muy baja,
en donde expiró una virgen
que tuvo el alma descalza,
y la pobreza amorosa
en su altura arrodillada.

Muchas voces maravilladas.

¿Quién es la Virgen más alta,
la que precede la marcha,
coronada de luceros,
conduciendo la alborada?...

¿Quién es la Virgen más viva
que pisa el cielo descalza,
la que entra con su cielo
y besa primero a Clara?...

¿Quién es la que fué más pobre
y ahora es la Soberana
de todo el Reino de Dios
en su modestia descalza?...

Otras voces.

¡Preparad las voces tiernas!
¡Preparad las voces castas!
La luz se vuelve a su cielo
por una senda empedrada
por virtudes y luceros,
por potestades y alas.

Himnos de luces celestes.
Himnos de eternas gargantas.
Himnos de azules empíreos
por la tierra se derraman.

Hay un efluvio de goces
que desciende en cataratas
por las vertientes del cielo
hasta las cosas creadas.

Y mientras se va al Esposo,
la virgen que fuera Clara
canta en las obras del mundo
con su renuncia alabada.

Ya nadie pregunta a nadie
por qué la tarde es mañana,
por qué lucen las estrellas
con luz desacostumbrada
en las laderas del monte
y en el fondo de las aguas.

Nadie se asombra al oír
que obediente a voz extraña
sin ser movida por nadie
rompe en voces la campana.

Ya nadie sabe quién es,
ni quién redimió su entraña,
puesto en el goce de Dios
por el martirio de Clara.

Y una voz que está en la idea
dentro los pliegues del alma
canta en la fe milagrosa
los modos de su alabanza:

“No importa qué día fuera
cuando se muriera Clara.

Era el más bello domingo
para las fechas del alma.

“Era el día del reposo
para Dios que la creara,
era un gran día de fiesta
para la Patria más alta”.

Otras voces multiplicadas.

Arcángeles mensajeros
subieron por el estío;
llevaron coronas blancas,
llevaron goces de lirio,
palomas de eterna plata
para entregar a Jesús
un corazón de azucena,
un espíritu bruñido
por la constancia de Dios
y el goce del sacrificio.

Ya en el augurio celeste,
en los tiempos infinitos,
Clara y Francisco de Asís
en Cristo Dios se han unido.

Cantad himnos de alabanza
para estas perlas de Cristo,
y sea el canto de júbilo

un arrobo de plegaria
que diga cantando al cielo
lo que la pobreza alcanza.

Todas las voces en exultanza.

¡Guardiana de la clemencia!
¡Vencedora de las llagas!
¡Consuelo de la agonía!
¡Sabia de carne estropeada!
Baja hasta nuestro martirio.
Baja hasta nuestra desgracia.
Adalid del crucifijo.
Portaestandarte del Alba
en donde María anuncia
su umbral abierto a la gracia.

Bendita seas tú, Clara,
hueste de la retaguardia
que con tu oración potente
apuntalaste preclara
la fe en la fuerza de Cristo,
la humildad en la esperanza,
y en el amor que perdona
el triunfo que nos alcanza.

Te has bien ganado, por dar,
la eterna perla más alta;

Jesús te otorgó su estrella
y te enciende en luminaria.
Paloma azul del empíreo,
Duquesa de la plegaria,
que así le cantan los ángeles
en sus siglos de alabanza.

Recitante.

Y aquí termina el romance
humilde de Santa Clara,
que en paz y bien os bendiga
para la meta más alta.

FIN

Homenaje septicentenario a

SANTA CLARA DE ASIS

OBRA FRANCISCANA

Pax et Bonum

Rivadavia 4879

Buenos Aires

República Argentina

*Este Romance se terminó de imprimir
el 28 de febrero de 1953 en las Escuelas
Gráficas del Colegio Pío IX, Don
Bosco 4002, Buenos Aires.*
